

DESUNION EN TORNO A LA BOMBA OCCIDENTAL

CUANDO el primer ministro británico Harold Wilson encontró al Presidente de los Estados Unidos Lyndon B. Johnson en los primeros días de esta semana se trató de encontrar una fórmula posible para apuntalar un viejo puente deshecho, el puente que unía Estados Unidos a Europa. El puente se deshizo porque estaba creado sobre unos datos que de pronto dejaron de tener valor: la crisis entre el Este y el Oeste, considerada como una amenaza militar inminente. Pudo entonces estallar la guerra: hubo un cierto número de políticos que la consideraban como una solución final a los males de nuestra época. La guerra se evitó y el tiempo dio la razón a los pacifistas, en el sentido de que la paz ha resuelto muchos de los litigios que entonces parecían insalvables, hasta el punto de que hoy puede decirse que realmente estamos lejos de toda amenaza de violencia. El reciente discurso de Breznev advirtiendo a Occidente de los riesgos de un rearme nuclear de Alemania y manteniendo los puntos de vista soviéticos sobre las zonas candentes del mundo —el Congo, «ejemplo de piratería colectiva por parte de los colonialistas»; Vietnam, donde la U. R. S. S. «no puede mantenerse indiferente a la suerte de un país socialista hermano, al que está dispuesta a prestar la ayuda necesaria»; Cuba, que «tiene la solidaridad entera del pueblo soviético contra las maniobras del imperialismo americano»— no ha sido considerado en París, en Londres ni en Washington como un «discurso de guerra fría», sino que fue estudiado simplemente como un documento interesante que indica una cierta aproximación a las tesis chinas, y que equilibra un discurso de Novotny —Presidente de Checoslovaquia— criticando, por primera vez desde la desaparición de Kruschef, la actitud de Pekín. Es decir, que los observadores de la política soviética concluyen de este discurso que se trata simplemente de una insistencia en la antigua toma de posición soviética frente a la «Fuerza Multilateral» propuesta por los Estados Unidos cuyas posibilidades se discuten estos días en varios lugares de Occidente —y especialmente en las conversaciones Wilson-Johnson— y de un nuevo intento de aproximación a Pekín, pero en ningún caso significan la adopción de una nueva «línea dura» con respecto a Occidente.

Sin embargo, a pesar del éxito de la Ideología y de la realidad de la paz, todas las soluciones de compromiso que está buscando estos días el mundo occidental siguen teniendo como base las ideas de defensa. Es decir, la insistencia de los Estados Unidos en mantener la Fuerza Multilateral como nexo de unión. El resultado, hasta ahora, es más bien desastroso. De todas las discusiones se revela no solamente la desunión de Occidente sino también su desconfianza, sus mie-

dos mutuos. Estados Unidos quiere repartir en cierta forma el uso del arma nuclear, pero siempre que su utilización definitiva dependa de un americano: prácticamente, del Presidente de los Estados Unidos. Alemania favorece este plan porque la aproxima a la bomba prohibida, porque le deja poner, como es la frase consagrada por los políticos, «un dedo en el gatillo nuclear». Por esta misma razón, y por algunas otras, Francia se opone: teme que significase una provocación a Rusia, y que Alemania Occidental quisiera utilizar su nuevo poder para resolver violentamente el problema de su reunificación. Al mismo tiempo, se opone porque quiere que su bomba propia sea la única europea. Esa misma razón es la que aleja a Alemania de Francia, y a otros países europeos que temen pasar de la hegemonía americana a la hegemonía francesa, que consideran incluso más temible. Gran Bretaña, por su parte, teme que su propia bomba quede diluida en la Fuerza Multilateral, y propone a Estados Unidos soluciones de recambio. Puede decirse que nadie confía en nadie, que todos temen a todos, que todos quieren dominar a todos. En este sentido, Francia ha decidido simplemente continuar su propio camino y la Asamblea Nacional aprobó el plan gubernamental que supone el gasto de cien billones de pesetas al año, durante seis años, en lo que antes se llamaba material de guerra y ahora se llama material de defensa. Con esta victoria parlamentaria, De Gaulle tiene ya la seguridad de que el presupuesto militar normal estará aprobado en su fecha prevista, el 15 de diciembre: fecha que coincide con la reunión ministerial de la NATO en París, y que servirá a De Gaulle para hacer un llamamiento a los países europeos para que se unan a Francia —esto es, para que se reúnan en torno al arma atómica francesa— y rechacen de plano cualquier fórmula americana, advirtiéndoles que Europa no puede existir si no es independiente de Estados Unidos. No parece que esto vaya a ser tan fácil. Unas horas antes de su éxito en la Asamblea, De Gaulle había tenido un fracaso en la Unión de la Europa Occidental, que había aprobado un texto defendiendo «una fuerza nuclear atlántica sobre una base multilateral», lo cual no quiere decir que se apruebe totalmente el plan de Estados Unidos, pero resulta una aproximación muy grande, basada en las tesis británicas.

(NOTA: El plan americano de Fuerza Multilateral suponía la existencia de una flota mixta de 25 navíos, tripulado cada uno de ellos por marinos de las distintas nacionalidades participantes y dotados con ocho proyectiles «polaris A-3»; sólo un oficial de los Estados Unidos, presente en cada barco, conocería la clave para lanzar estos proyectiles atómicos, y no podría ponerlos en



Por
EDUARDO
HARO TECGLEN

funcionamiento sin una orden procedente del Presidente de los Estados Unidos. El plan británico presentado por Wilson en Washington supone una cierta reducción de los navíos de superficie, que serían sustituidos por bases en tierra de aviones y proyectiles nucleares. El plan francés aprobado por la Asamblea permitirá a Francia pasar de su actual fuerza atómica de bombarderos «Mirage IV» a proyectiles intercontinentales con base en tierra y a «polaris» que podrían ser enviados desde el mar. De la misma forma que los Estados Unidos, Francia tampoco permitiría a sus futuros aliados el acceso a los secretos atómicos ni la disponibilidad de los proyectiles: el mando supremo continuaría estando en París. La ventaja que cree ofrecer es que la bomba francesa, por el hecho de ser francesa es «europea» y responde a intereses estrictamente europeos, mientras que la de Estados Unidos es una bomba «americana», con intereses distintos.)

Siguiendo la Historia por sus pasos más largos, y no por los menudos, puede advertirse que el gran problema es que no se ha conseguido la localización del arma nuclear, y que a pesar de todos los esfuerzos de sus poseedores la diseminación continúa. El año próximo se cumplirán los veinte años del lanzamiento de la primera bomba atómica, la de Hiroshima. Entonces había una sola potencia en el mundo que la poseyera: los Estados Unidos. Ahora hay ya cinco naciones que la tienen: Estados Unidos, la U. R. S. S., Gran Bretaña, Francia y China (por orden cronológico), lo que puede hacer pensar que cada cuatro años la bomba aparece en una nación nueva. Es posible que esta media se acelere. Se dice que hay dos naciones, que son tres, próximas a la fabricación: Egipto e Israel. Digo que son tres porque la posible bomba egipcia sería debida a los técnicos alemanes que trabajan con Nasser, y que indudablemente no limitan sus intereses a los de Egipto que les paga, sino que trabajan en el fondo por cuenta de Alemania a quien sus Tratados impiden esta clase de ensayos. En cuanto a la bomba de Israel, se la supone favorecida por los sabios atomistas hebreos de todo el mundo, que tratan de proteger así a la «madre de naciones» de la amenaza árabe. Esta diseminación de la bomba es el mayor peligro que puede correr el mundo. Mientras el átomo estuviera en reserva para una grande y definitiva querrela podría pensarse que esa querrela se aplazaría. Si se llega a utilizar en conflictos locales, el «tabú» de la amenaza atómica quedaría roto, y las consecuencias serían imprevisibles. Desgraciadamente, los progresos atómicos son infinitamente más rápidos que los de las conferencias de desarme, los planes de desatomización, que siguen siendo víctimas de infinitas maniobras de dilación.